



algar

COLECCIÓN CALCETÍN

Hans
Christian
Andersen

Adaptación
de J. Franco

Dibujos de
V. Gubianas

Cuentos de Andersen



LA PRINCESA Y EL GUISANTE

Allá por el año de Maricastaña, en un país remoto, había un príncipe al que le había llegado la hora de la verdad: tenía que casarse con una princesa, porque un reino sin heredero es como un jardín sin flores. El rey y la reina le decían que espabilara, pero el príncipe, que vivía como un rey en el palacio de sus padres, no tenía ninguna prisa y no encontraba ninguna princesa soltera que le gustara. Como el tiempo pasaba y el príncipe no se decidía, el rey y la reina le invitaron a dar la

vuelta al mundo y le dijeron que no volviera sin una princesa como Dios manda.

De manera que el príncipe, más o menos de incógnito, recorrió todos los reinos de los alrededores, buscando una princesa auténtica. Pero las que no tenían la piel áspera como la de una naranja tenían voz de grillo, y las que no eran más brutas que un arado o más feas que pegar a un padre tenían un carácter de mil demonios... El caso es que el príncipe volvió al palacio de sus padres al cabo de unos meses sin haberse comprometido con ninguna princesa, porque no encontraba ninguna de su gusto.

Pero una noche de invierno, cuando toda la familia real descansaba junto al fuego, oyeron que llamaban a la puerta de palacio. A todos les extrañó mucho recibir una visita a aquellas horas de la noche, porque, en la calle, llovía a

cántaros y, cada dos por tres, un relámpago terrible rasgaba el cielo y, segundos después, las paredes del castillo temblaban por la fuerza de los truenos. Pero como la vida en palacio era muy aburrida y aquellos golpes en la puerta eran una novedad, el príncipe corrió a abrir, por si acaso los visitantes se iban.

Cuando el príncipe abrió la puerta, vio ante sí a la doncella más hermosa que había visto nunca, a pesar de que la pobre chica iba empapada de pies a cabeza, no mostraba corona ni cetro, llevaba los zapatos en la mano y tanto sus pies como el bajo de su vestido estaban sucios de barro.

—Soy una princesa que viaja de incógnito—dijo la doncella, con una voz alegre como una campana— y necesito que me dejéis pasar la noche en vuestro palacio porque nos ha sorprendido la tormenta.

El príncipe se sintió muy decepcionado porque, aunque la joven parecía distinguida y muy educada, no tenía precisamente aspecto de princesa. Pero la reina, que era una mujer experimentada, decidió ponerla a prueba para comprobar si era una princesa de verdad o una impostora.

Mientras la princesa empapada y su séquito se limpiaban, se secaban y se cambiaban de ropa, antes de cenar, la reina subió a la habitación de los invitados especiales y ordenó a las criadas que prepararan una cama de la siguiente manera: tenían que poner un guisante seco en el somier y cubrirlo con doce colchones de la mejor lana; luego, añadirían tres almohadas de plumas de oca, y, sobre esta cama tan mullida, tendría que pasar la noche la joven que afirmaba que era una princesa de incógnito.



Al día siguiente por la mañana, cuando la princesa, ojerosa y pálida pero bellísima, bajó a desayunar, la reina le preguntó cómo había dormido.

–Muy mal, si tengo que deciros la verdad –se lamentó la princesa–. Había algo duro en la cama que me ha hecho sentir muy incómoda. De hecho, tengo el cuerpo lleno de magulladuras. ¡Qué colchones tan incómodos!

Al oír aquellas quejas, la reina comprendió en el acto que, en efecto, aquella joven era una princesa auténtica, porque había notado el guisante, a pesar de que dormía sobre una docena de colchones de la mejor lana: solo una princesa de sangre azul podía tener una piel tan delicada.

De manera que, con el visto bueno del rey y la reina, el príncipe pidió la mano de la princesa, que le dijo que debía meditarlo, aunque

solo era para darse un poco de pisto. Pocos meses después, se casaron, dispuestos a ser felices y a dar muchos herederos a sus reinos. Y enviaron el guisante al museo de la ciudad, donde todavía debe de estar guardado.

Y, así, este cuento ha terminado.

EL TRAJE NUEVO
DEL EMPERADOR

Hace muchos años, había un emperador tan aficionado a la ropa nueva y lujosa que se gastaba todo su dinero en ropa elegante. No le interesaban sus soldados, ni le gustaba ir al teatro o pasear por el bosque si no era para lucir sus trajes nuevos. Tenía uno diferente para cada hora del día y, del mismo modo que se suele decir que un rey «está en un consejo», de este emperador siempre se decía: «El emperador está probándose ropa».

La gran ciudad en la que vivía el emperador era muy bulliciosa y alegre, y la visitaban muchos extranjeros.

Un día, llegaron a la ciudad dos vividores que se hacían pasar por tejedores y decían que fabricaban las telas más hermosas. No solo los colores y los dibujos de sus telas eran excepcionalmente bonitos, sino que la ropa que podían confeccionar tenía la virtud de ser invisible para cualquier persona indigna de su posición social o irremediablemente estúpida.

—Esta ropa sí que es fantástica —pensó el emperador—. Si la llevara puesta, podría saber qué funcionarios de mi reino no son dignos del cargo que ocupan y sabría quiénes son listos y quiénes son unos tontos... Sí, ¡que empiecen a tejer y que me confeccionen un traje inmediatamente! —Y adelantó a los estafadores una buena cantidad de dinero en

metálico para que se pusieran enseguida manos a la obra.

Los estafadores hicieron instalar dos telares y fingían que trabajaban sin descanso, aunque en estos no había ni un solo hilo. Sin la menor vergüenza, pidieron que les suministraran la seda más fina y el oro de la mejor calidad. Se quedaron con todas aquellas riquezas mientras fingían trabajar en los telares vacíos hasta altas horas de la noche.

«¡Cuánto me gustaría saber cómo andan las telas nuevas!», pensaba el emperador, porque, en el fondo, no le hacía ninguna gracia saber que los ineptos y los lelos no las podrían ver.

«Enviaré a mi ministro más antiguo y honesto a visitar a los tejedores –pensó el emperador–. Él es quien mejor podrá ver cómo progresa el trabajo porque es un hombre muy sensato y nadie ejerce el cargo mejor que él».

El anciano y digno ministro se presentó, por lo tanto, en la sala donde los estafadores fingían que trabajaban en los telares vacíos. «Por el amor de Dios –pensó el anciano ministro, que abrió los ojos como si fueran platos–. ¡Pero si no veo nada!». Pero no dijo ni una palabra sobre el asunto.

Los dos estafadores le pidieron que fuera tan amable de acercarse un poco más y le preguntaron si no le parecía un tejido bellísimo y con unos colores preciosos. Señalaban los telares vacíos y el pobre anciano y ministro abría los ojos tanto como podía, pero no veía nada porque no había nada que ver.

«Por el amor de Dios –pensó–. ¿Será que soy un tontaina y no lo sé? ¡Jamás lo hubiera imaginado y nadie lo tiene que saber! ¡Mira que si no soy apto para ejercer mi cargo! No, no puede ser, no puedo admitir que no veo la tela».

–¿Qué, señor ministro, no nos dice nada de la tela? –le preguntó uno de los estafadores.

–¡Oh, es muy hermosa! ¡Una preciosidad! –dijo el anciano ministro, que miraba por encima de sus gafas–. ¡Qué dibujo y qué colores! Sí, le diré al emperador que me ha gustado muchísimo.

–Nos alegramos mucho –dijeron los dos estafadores, y, a continuación, se pusieron a enumerar los colores de la tela y a describir los dibujos tan refinados del tejido.

El anciano ministro los escuchó con mucha atención, para poder repetir sus palabras en presencia del emperador, como, en efecto, hizo.

Al saberlo, los dos estafadores pidieron más dinero y más seda y más oro porque lo necesitaban para terminar de tejer la tela.